

RAFAEL DE ZAYAS ENRIQUEZ.

I

FILANTROPIA.

Un filántropo del día,
Hombre de mucho dinero,
Y ante él, infeliz obrero
Que de hambre se moría.
“Fueron vanos mis afanes
Yendo del trabajo en pos;
Una limosna, por Dios!”.....
“Yo no mantengo holgazanes!”.....
“Ved que convulso me agitó;
Tengo una ténia”.....
“No es broma?
Pues tome un duro, y que coma
Ese pobre animalito.....”

II

LA PALMA.

Al pie de enhiesta palma
Raquíptico crecía
El césped, vanidoso
Cual los enanos son;
Y viendo á la procera,
Con honda antipatía,
Le dijo, haciendo esfuerzos
Para engrosar la voz:

“Te elevas, y en tu orgullo
Me miras con desprecio,
Porque levanto apenas
La frente en mi humildad;
Mas Júpiter castiga
En tí el orgullo necio:
Su rayo te destroza,
Mientras que á mí, jamás!”.....
Y contestó la palma
Concisa y elocuente:
“Naciste para el suelo,
Para el espacio yo;
Y en muerte como en vida
Nuestro hado es diferente:
A tí te mata un asno,
A mí me hiere Dios!”

III

EL ASNO.

Miraba un caballo á un burro
Y díjole con desprecio:
No te acerques á mí, necio,
Villano, imbécil, cazarro,
Que se ofende mi decoro
Estando en tu compañía;
Tú eres plebe, yo hidalguía,
Tú eres cobre, yo soy oro.
Somos los dos oro y cobre,
Dijo el sesudo borrico;
Tú eres el asno del rico,
Y yo el caballo del pobre.

IV

LA ESTATUA.

Fidias exhibe ante la ilustre Atenas
Soberbia estatua, en que parece el fuego
De la vida correr entre las venas;
Asombrosa creación del arte griego.

Y la entusiasta multitud le aclama,
Bendice el numen que al autor inspira;
"Hijo de Apolo," con amor lo llama,
Y como á un dios en su pasión le mira.

Al ver el triunfo que el artista alcanza,
Felamén, el de Paros, envidioso,
Hasta la estatua con furor avanza
Y dice al pueblo, adusto y desdeñoso:

No así lo celebréis, ¡oh gente fatua!
No así le discernáis la gloria entera!
Que si Fidias la forma dió á la estatua,
El mármol lo saqué de mi cantera!

V

EL POEMA DE LA MAR.

(Fragmentos.)

I

Falta luz, falta aire, falta vida
En tu ciudad, que envuelve la montaña;
Prefiero á esos palacios mi cabaña
En la marina roca suspendida.

Monótona igualdad no interrumpida
La que presenta siempre ese paisaje:
Es el mismo verdor en el follaje,
Es la misma colina, el mismo lago,
Es el mismo rumor débil y vago,
Es la misma beldad y el mismo traje.

¿Cómo puedes vivir donde Natura,
Cual un cadáver, en silencio duerme,
Sin anhelos, sin lucha, fría, inerme,
En la que nunca la pasión fulgura;
Que ni tiene esos raptos de locura,
Ni el encanto imprevisto del acaso,
Ni el desmayo del sol en el ocaso,
Ni de ciego furor el paroxismo,
Ni la amenaza oculta del abismo,
Como la mar, donde mi vida paso?

¡La mar, la mar! Coqueta sonriente
Que á todos nos ofrece sus amores,
Que nos arrulla en lánguidos rumores,
O nos atrae en vértigo inclemente,
Ora avara, después munificente;
Ya insensible, después voluptuosa;
Ya se muestra irascible, ya medrosa. . . .
¿Quién puede resistir, diosa divina,
Tus promesas de ardiente concubina,
Y tus caricias tímidas de esposa?

¡La mar, la mar! La húbrica bacante
Que exhala de pasión perenne grito,
Y en su embriaguez se lanza al infinito
Para abrazar á su anhelado amante,
Y luego se desploma palpitante;
Con su honda queja los espacios llena;

Su cólera desata ó la refrena,
 Y en su lucha constante y repetida,
 Desmelenada y ciega y desceñida,
 Va á la playa á morir sobre la arena.

II

Ven, amigo, á la mar. La dura pena
 Que en las ciudades nos destroza el alma,
 La mar mitiga. Con su augusta calma
 El abatido espíritu serena.
 Ven, amigo, á la mar; grata faena
 Hará más descansado tu reposo;
 Allí sobre el abismo bullicioso,
 La mano en el trabajo se encallece
 Y el espíritu, en cambio, se ennoblece,
 Y el corazón se vuelve generoso.

Ven, amigo, á la mar, la soberana
 Creación que concibió Naturaleza.
 ¿Quién contemplando su eternal grandeza
 Puede pensar en la miseria humana?
 No en la costa hallarás la cortesana
 Adulación que en la ciudad descuella,
 Ni de la envidia la luctuosa huella;
 Que si el marino es rudo compañero,
 En su odio y su amor siempre es sincero,
 Y al dar la mano, el corazón va en ella.

Ven á la mar, que es de esperanza emblema.
 Al oír de sus ondas la armonía
 Darás tregua al dolor, y tu elegía
 Se ha de trocar en épico poema.
 Ella es de inspiración fuente suprema. . . .
 Yo soy gaviota de medroso vuelo,

Y al verla puedo abandonar el suelo;
 Un poeta, cual tú, de regias galas,
 Que ostenta del condor las recias alas,
 Cantando al mar, se elevará hasta cielo!

OVIDIO ZORRILLA.

I

A LIDIA.

Adiós, mi dulce amiga;
Del infortunio en alas,
Al fin mi adversa suerte
De tus amantes brazos me separa.

Adiós...! Aun la memoria
De mi pasión infausta,
Borrar pueda la ausencia
Y tu alma virgen á la paz renazca.

Pueda voluble el tiempo
En fáciles mudanzas,
De tus amantes cuitas
La hiel trocar en venturosa calma.

Yo solo ¡ay triste! apure
De esta honda angustia el ansia,
Y delirando guarde
En mi mente tu imagen adorada.

Yo solo del olvido
Huya la dicha vana,
Y siempre á tu recuerdo
Tributo sean mis acerbos lágrimas.

Y cuando de mi vida
En la pendiente ingrata,
Rendido á mis dolores
Bajo su peso imponderable caiga;

Cuando el ciprés funesto,
En triste lontananza,
A mis cansados ojos
La sombra ofrezca de sus mustias ramas;

No tema, no! Sereno
A la feliz morada
Camine, do la muerte
Con blando ceño á lo inmortal me llama.

Promesas misteriosas
Me finja la esperanza;
Y bendiciendo muera
De mi imposible amor la dulce causa!

II

A LA MEMORIA DE DIEGO BENCOMO.

Al fin, mi caro amigo,
Tras lidia tormentosa,
Descansas sosegado
De los llorosos sauces á la sombra.

Al fin tras la borrasca,
Sereno el mar, sus ondas
El apacible y dulce
Azul hermoso de los cielos toman.

Al fin la peregrina
Ave cansada, ansiosa,
El vuelo fatigado
Sobre el florido manantial acorta.

¡Feliz, pues ya tu espíritu
Su sed devoradora
Calmó en la fuente augusta
Que descendió del Paraíso al Gólgota!

Sí, que el Pastor divino
Las hubo en guarda todas,
Y fuiste tú su oveja,
 Y no **h**abrás de perderse ni una sola!

Y pues del error triste
Y la maldad odiosa,
Los antros miserables
 Dejaste **p**or tu bien en feliz hora;

Pues no ya el torpe aullido
De las pasiones locas,
A tu conciencia mueve
 Guerra **f**eroz en íntima congoja;

¡**D**ichoso tú en el puerto,
Ya libre de zozobras!
 ¡**D**ichoso tú en la tumba,
 Absorto **e**n la verdad, firme en la gloria!

F I N .

INDICE.

	Páginas.
Advertencia.....	V
Reseña histórica de la poesía mexicana.....	1

POETAS MUERTOS.

(ORDEN DE ANTIGÜEDAD.)

Autor anónimo.....	59
Francisco de Terrazas.....	65
Fernán González de Eslava.....	66
Sor Juana Inés de la Cruz.....	68
Fray Manuel Navarrete.....	73
Francisco Munuel Sánchez de Tagle.....	79
Andrés Quintana Roo.....	83
Manuel Eduardo de Gorostiza.....	88
Manuel Carpio.....	92
Francisco Ortega.....	98
José Gómez de la Cortina.....	102
José Joaquín Pesado.....	108
José María Heredia.....	131
Wenceslao Alpuche.....	133
Fernando Calderón.....	135
José de Jesús Díaz.....	139
Ignacio Rodríguez Galván.....	140
Miguel Jerónimo Martínez.....	149
José Sebastián Segura.....	151
Ignacio Ramírez.....	152
Ramón Isaac Alcaráz.....	155
Alejandro Arango y Escandón.....	160